

1 JUAN

Introducción

Las tres cartas, tradicionalmente atribuidas a san Juan, presentan una temática común, en especial la primera y la segunda.

La tercera es un escrito ocasional muy breve, de apenas quince versículos, redactada por el «Anciano» o «Presbítero», alabando la hospitalidad de la comunidad otorgada a los hermanos itinerantes.

La segunda consta de trece versículos, aunque posee mayor densidad teológica. Contiene los siguientes elementos: un breve saludo, hecho por el «Presbítero» a la señora «Elegida» –apelativo poético para designar a la comunidad– (1-3); el precepto de la caridad o el vivir según la verdad (4-6); la irrupción de los anticristos y el criterio de la verdad (7-10) y un saludo final (12s). Resulta llamativa la semejanza con la primera carta respecto a su vocabulario y fórmulas teológicas. Puede ser considerada como su breve resumen. Sobresalen estos paralelismos: Idéntico conflicto en la comunidad: 1 Jn 4,1-3 = 2 Jn 7; y la práctica del amor como la concreción viva del evangelio: 1 Jn 4,10-12 = 2 Jn 6.

Los problemas más difíciles y de mayor interés son los que se plantean acerca de la primera carta. No es un escrito voluminoso: poco más de la séptima parte del evangelio de Juan y poco menos de la cuarta parte del Apocalipsis. Su lectura pública duraría unos veinte minutos.

Forma literaria. Es difícil catalogarla con rigor, aunque la primera impresión que se desprende de su lectura es la característica de una carta o una homilía, pero no es ni carta ni homilía. Aunque habitualmente se la designa como carta, no es al estilo de las típicas cartas paulinas, con destinatario, con el nombre del autor, con saludos personales. El más oscuro anonimato la envuelve. Es un poco de todo (carta, homilía, tratado sistemático); posee género literario peculiar y único. Puede ser considerada como circular a distintas comunidades, al mismo tiempo que un escrito kerigmático (proclamación) y parenético (exhortación). Al ser englobada dentro de las Cartas católicas (véase la introducción a la Carta de Santiago), parece que se ha visto en ella una especie de carta magna o encíclica, válida para toda la Iglesia. Pero esta carta con pretensiones universales, posee un hábitat preciso, pues refiere acontecimientos concretos surgidos en el seno de la comunidad a la que el autor se dirige (2,18s). No obstante, estas advertencias localizadas pueden ser fácilmente aplicadas a otras comunidades; de ahí que el autor no mencione ni el lugar determinado ni las personas en cuestión, para que su escrito no tuviese un valor coyuntural ni restringido, sino de alcance universal, abierto al horizonte de toda la Iglesia.

Autor. La autoría de esta carta (y también de la segunda y tercera) está en relación estrecha con la problemática del autor del cuarto evangelio, pues existe una gran afinidad temática y de estilo.

Las tres cartas se deben a la misma mano –en este punto todos los autores están de acuerdo–, aunque esa mano resulte misteriosa.

El título de «Anciano» con que se designa a sí mismo, no alude a un simple maestro (un escriba o un teólogo), encargado de aclarar algún punto doctrinal, entonces debatido. Posee ya un sentido técnico dentro del Nuevo Testamento y del ámbito eclesiástico. El «Anciano» se muestra en las cartas como responsable de la comunidad, a la que conoce bien y quiere ayudar pastoralmente con sus imperativos y exhortaciones; es el garante de la tradición evangélica.

No dice su nombre, pero sus lectores sabían quién era. Este empleo tan singular parece confirmar la opinión de que se alude a un hombre de Iglesia especialmente venerado y destacado en aquel ámbito.

Situación vital. ¿A qué Iglesia va destinada esta carta? A las Iglesias cristianas de la provincia de Asia Menor (la escuela de Juan o las siete Iglesias del Apocalipsis). La generación de cristianos es de segunda o tercera hora, no tienen ya contacto inmediato con los acontecimientos pascales y apostólicos. Se da un alejamiento cronológico y espacial. Son, pues, cristianos nuevos, y habitan lejos de Palestina. Su conducta está basada en la escucha de la palabra de los testigos que lo vieron todo desde el principio.

El movimiento gnóstico (acceso a Dios por conocimientos misteriosos) sigue adelante con respecto a lo que contienen las cartas de Pablo (cfr. Col y Ef). La parusía está todavía esperada pero con una cierta languidez. Nos situamos, pues, al final del s. I.

En esta carta se debate un engaño, que es difícil de reconstruir a partir de los datos internos de la carta. Ésta responde al error, pero no lo define. Hay un frente herético, surgido dentro de la comunidad (2,19) y que en parte ha provocado algunas salidas de la comunidad. Los calificativos que definen a tales personajes «anticristos», «pseudo-profetas», apuntan hacia la herejía gnóstica. ¿Qué tipo de gnosis? Se trata de una gnosis doctrinal con consecuencias morales.

Existe un error doctrinal: Es cristológico-soteriológico. La herejía afirma que Jesús no es el Cristo, ni el Hijo de Dios, no ha venido en la carne (2,24; 4,15; 5,1; 5,5). Se niega la Encarnación (4,2) y también la Redención por su sangre (5,6). Rechazan a Jesús como Salvador (4,14). La doctrina cristológica de estos personajes (los anticristos), aunque no se percibe en su totalidad, posee ciertos rasgos afines con la orientación que tomará el gnosticismo del s. II: desvalorización del Jesús histórico y negación de la redención por la sangre.

También se da un error moral unido ideológicamente al cristológico-soteriológico. No creen necesitar de la redención por la sangre de Jesús, porque los gnósticos estiman que están en posesión plena del Espíritu Santo; se encuentran por tanto por encima de toda moral. Niegan los pecados personales y pretenden tener una conexión directa con Dios. No se sienten obligados a cumplir los mandamientos de la ley de Dios porque ya son perfectos.

Desprecian en particular el mandamiento del amor fraterno, porque profesan un individualismo exaltado (aman directamente a Dios y no quieren saber nada del hermano).

¿Cómo afrontar el error? El autor afronta esta peligrosa situación mediante tres recursos:

Concienciación: ayuda a caer en la cuenta de la viva realidad y exigencia de la vida cristiana.

Discernimiento entre lo que es ser cristiano auténtico y ser pseudo-cristiano.

Criterios que dan la certeza de estar en comunión con el Padre y el Hijo, que es la esencia de la vida cristiana.

El autor pretende, en definitiva, confirmar y verificar la comunidad, la viva comunión –koinonía– que tenemos con Dios.

Síntesis teológica. Toda la carta pretende dilucidar quiénes son los que están verdaderamente en comunión con Dios, quiénes son los creyentes y los anticristos. Se dan criterios que se van reduciendo a uno solo en dos dimensiones: la caridad, y su raíz, la fe. Al mismo tiempo es la fe cristológica la raíz de la caridad, de nuestra acción generada en nosotros por el Espíritu.

La primera carta representa un vigoroso esfuerzo de «concentración sobre lo esencial». Puede resumirse perfectamente con este rótulo explicativo: «Centralidad de la cristología. La fe en Jesucristo, el Hijo de Dios venido en la carne, modelo de amor».

Este rasgo corresponde a una situación de crisis. Los cristianos no podían hacer frente al error sino mediante una intensa labor sapiencial, de profundización, para encontrar el auténtico mensaje del evangelio en sus elementos fundamentales. El discernimiento de los verdaderos cristianos se dilucida en la confesión de «Jesucristo venido en la carne» (4,2; cfr. 2 Jn 7). La exhortación de las cartas viene a reducirse a acoger el amor de Jesús (creer) para poder darlo a otros (amar). Esta enseñanza se halla muy bien formulada: «Y éste es su mandato: que creamos en la persona de su Hijo Jesucristo y nos amemos unos a otros como él nos mandó» (3,23). La centralidad de la cristología se hace así tan decisiva como en el evangelio.

El error combatido por Juan es ante todo de tipo doctrinal. Las alusiones contenidas en la carta parecen indicar que los falsos doctores rehusaban atribuir al hombre Jesús un papel necesario en la comunión con Dios. Disociaban el Cristo, ser celeste y glorioso, del hombre Jesús, quien ha vivido y ha muerto por nosotros. Esto significaba prácticamente negar la encarnación en el plano doctrinal y desconocer su significación en el plano existencial. Contra este error, Juan enseña con fuerza inusitada la fe en este hombre Jesús, el Hijo de Dios encarnado, «que se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados y no sólo los nuestros, sino los de todo el mundo» (2,2), en quien la vida se ha manifestado (1,2) y en donde se ha revelado el amor de Dios por nosotros. Esta fe constituye el cimiento que fundamenta todo el edificio cristiano. Quien lo ignora, va a la ruina. El conocimiento de Dios se hace ilusorio, la comunidad fraterna de los hijos de Dios se disuelve. Las afirmaciones de Juan son elocuentes por ellas mismas (4,2-3; 5,11s).

¿Qué nos enseña en concreto esta comunidad joánica? Es preciso destacar la dimensión más sobresaliente: la esencialidad y profundidad de Jesús. Otras comunidades neo-testamentarias han hecho otras aportaciones: en la línea de la Iglesia, en la línea parenética, en su valoración del compromiso con la proclamación de la cercanía del Reino. La comunidad joánica habla de Jesús, lo confiesa como Señor y como Dios (cfr. Jn 1,1; 10,33; 20,28; 1 Jn 5,21) y habla de la necesidad de «creer en él y amar a los hermanos». No se aprecian en sus instrucciones y exhortaciones otros criterios o puntos de referencia.

Que esta visión resulta excesivamente esquemática lo demostró la historia de la comunidad. Uno de los grupos joánicos se quedó con un Jesús tan celestial que olvidó su dimensión humana y, en consecuencia, se disolvió en un gnosticismo atemporal.

En este punto las palabras del autor son tremendamente requisitorias: amenaza con el anatema a quienes niegan la humanidad de Jesús, llamándolos anticristos. Los pasajes más directamente duros y polémicos de la carta (2,18-26 y 4,1-6) son aquellos en que la confesión de Cristo encarnado aparece como la marca distintiva de los verdaderos cristianos. Humanidad de Cristo que se proclama precisamente a través de lo que en ella más desconcierta: la muerte. Su muerte voluntaria (3,16), su muerte como víctima expiatoria (2,2; 4,10). A continuación, el autor propone la conducta de Jesús como modelo que es preciso seguir: actuar como él actuó: «Quien dice que permanece en él, ha de vivir como él vivió» (2,6). Y la formulación «como» tiene fuerza de fundamento.

Todas estas orientaciones se sitúan en la línea ética de la carta, una ética cristológica, que brota de la realidad histórica de la existencia vivida por Jesús y por él propuesta como modelo a seguir.

Afirma la carta: «Dios es amor: quien conserva el amor permanece con Dios y Dios con él» (1 Jn 4,16b). Una afirmación como ésta se mueve en un terreno equívoco, si no lo apuntalamos con ayuda de algunos cimientos. El amor, en primer lugar, tiene nombre propio. Ha tomado rostro visible en Jesucristo. El creyente, según S. Juan, ama a Dios en la fe de Jesucristo, que entregó su vida en la cruz por todos. Para que este acontecimiento del pasado pueda hacerse actual y eficaz para todas las generaciones, Juan indica la presencia permanente del Espíritu Santo, quien actualiza la obra de la salvación (4,13; 3,24).

Es preciso añadir otra observación, que nunca debería olvidarse: el amor de Dios no puede separarse del amor fraterno. «Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, miente» (4,20). Para poder comprender correctamente el mensaje joánico es preciso no olvidar la sospecha que recae sobre el amor de Dios –a quien no vemos–, si no va acompañado y verificado por su correlativo inseparable: el amor del hermano, a quien vemos (4,20).

Conclusión. Esta primera carta de Juan es perfectamente válida y actual, porque introduce en la teología la categoría de la sospecha, de la sana sospecha, del interrogante, a fin de verificar continuamente la relación del discípulo con Dios y comprobar si responde o no a la verdad del evangelio.

El mensaje de la carta se engarza perfectamente en el evangelio, en lo que tiene de más esencial. Ningún verso lo resume quizás mejor que éste: «nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tuvo» (4,16) y «quien conserva el amor permanece con Dios y Dios con él» (4,16). Ahora bien, no se permanece en el amor mas que viviéndolo en el humilde ejercicio de cada día del amor fraterno, viviendo «como él vivió» (2,6).

Prólogo¹

1 ¹Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han palpado nuestras manos, es lo que les anunciamos: la palabra de vida. ²La vida se manifestó: la vimos, damos testimonio y les anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y se nos manifestó. ³Lo que vimos y oímos se lo anunciamos también a ustedes para que compartan nuestra vida, como nosotros la compartimos con el Padre y con su Hijo Jesucristo. ⁴Les escribimos esto para que la alegría de ustedes sea completa.

Luz y pecado²

⁵Éste es el mensaje que le oímos y les anunciamos: que Dios es luz sin mezcla de tinieblas. ⁶Si decimos que compartimos su vida mientras caminamos a oscuras, mentimos y no procedemos con sinceridad. ⁷Pero si caminamos en la luz, como él está en la luz, estamos en comunión unos con otros y la sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado.

¹ **1,1-4 Prólogo.** La carta, igual que el evangelio, se abre con un solemne prólogo, admirablemente construido. Profundiza en las relaciones entre Cristo, los apóstoles y los cristianos. Pueden destacarse tres motivos principales.

1. La encarnación de la Palabra es un hecho histórico que está en el origen de la predicación cristiana. El paréntesis del versículo 2 describe esta revelación progresiva de la Palabra de la vida: junto al Padre, manifestada, vista, testimoniada y anunciada.

2. La experiencia personal de Juan y de los otros apóstoles se fundamenta en un contacto real, físico, muy subrayado (al menos siete veces) con Jesús. Juan emplea verbos de percepción y de anuncio con un doble significado, pero principalmente se refiere a la realidad trascendente, que sólo la fe más allá de los signos sensibles puede alcanzar. A través de la historia de Jesús los apóstoles han creído y testimoniado el misterio de su persona.

3. Comunión de los cristianos en la experiencia de los primeros testigos. Éstos comienzan la tradición viva que todavía continúa en la Iglesia: lo «que vimos y oímos se lo anunciamos también a ustedes» (1,3). Objetivo de este anuncio es llenar el corazón de alegría a quien lo da y a quien lo recibe (1,4) y crear la comunión en la fraternidad eclesial, que participa de la comunión con Dios Padre y con Jesús, el Hijo.

Así se cierra perfectamente el despliegue de la revelación. La vida, que estaba junto al Padre, ha aparecido en la carne del Hijo, para llevar a todos, a través de la misión de los apóstoles, a la comunión con el Padre y el Hijo. Con estas gratas noticias, los cristianos quedamos inundados de una gran alegría.

² **1,5-2,2 Luz y pecado.** La imagen de la luz, que el cuarto evangelio refiere a Jesús (cfr. Jn 8,12), se aplica ahora a Dios, fuente de la revelación y de la santidad. Cada una de las formulaciones introducidas por esta expresión: «Si decimos» (6,8.10) expresa el sentir de los adversarios gnósticos, cuya doctrina san Juan combate. Hablar de la luz respecto a la divinidad, era un tópico o lugar común en aquel tiempo. Para el gnosticismo el creyente llegaba hasta Dios mediante una especie de iluminación interior, o profundo conocimiento, o éxtasis místico; para san Juan se trata de marchar o caminar según el comportamiento de Dios: «sean santos, porque yo soy santo» (Lv 19,2). «Proceder con sinceridad», proceder con la verdad, posee un carácter concreto y existencial. La verdad es la Palabra de Dios, proclamada por Jesús (8.10), que penetra en el creyente hasta transformar su vida. «Proceder con sinceridad» muestra el camino de conversión hacia el encuentro vital con Jesús.

El apóstol insiste con sano realismo: somos pecadores. El pecado existe (8.10). Dios lo permite para manifestarnos su amor en el Hijo (cfr. 4,9; Rom 11,32; Gál 3,22). La sentida conciencia de nuestro pecado no debe llevarnos a la desesperación, sino a renovar la fe en Cristo. Este aparece egregiamente señalado con tres funciones salvadoras. Es nuestro «Abogado» –Parakletos–. En el evangelio se aplica al Espíritu Santo (cfr. Jn 14,16.26; 15,26; 16,17), aquí se refiere a Jesucristo, el que intercede por nosotros en el tribunal de Dios. Es «Justo», no tanto en su esencia, sino en cuanto a la manifestación de su obra de salvación, puesto que perdona y justifica a los pecadores. Es «Víctima» de expiación (cfr. Éx 29,36s), indica el sacrificio voluntario de Cristo sobre la cruz (cfr. Ap 5,9s), que posee eficacia permanente y universal.

⁸Si decimos que no hemos pecado, nos engañamos y no somos sinceros. ⁹Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos los pecados y limpiarnos de todo delito. ¹⁰Si decimos que no hemos pecado, lo hacemos pasar por mentiroso y su palabra no está en nosotros.

2 ¹Hijos míos, les escribo esto para que no pequen. Pero si alguien peca, tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo el Justo. ²Él se ofreció en sacrificio para que nuestros pecados sean perdonados y no sólo los nuestros, sino los de todo el mundo.

Verdadero conocimiento de Dios³

³La señal de que lo conocemos es que cumplimos sus mandamientos. ⁴Quien dice que lo conoce y no cumple sus mandamientos miente y no es sincero. ⁵Pero quien cumple su palabra, ése ama perfectamente a Dios. En eso conocemos que estamos con él. ⁶Quien dice que permanece con él ha de vivir como él vivió.

⁷Queridos, no les escribo un mandamiento nuevo, sino el mandamiento antiguo que tenían desde el principio. El mandamiento antiguo es el mensaje que ustedes oyeron. ⁸Y, sin embargo, se lo doy como mandamiento nuevo, que se hace realidad en Jesucristo y en ustedes; porque se alejan las tinieblas y la luz verdadera ya alumbra.

⁹Quien dice que está en la luz mientras odia a su hermano sigue en tinieblas. ¹⁰Quien ama a su hermano permanece en la luz y no tropieza. ¹¹Quien odia a su hermano está en tinieblas, camina en tinieblas y no sabe adónde va, porque la oscuridad le ciega los ojos.

Vencer al Maligno⁴

¹²Hijos míos, les escribo a ustedes porque sus pecados han sido perdonados por el nombre de Jesús.

¹³Padres, les escribo a ustedes porque conocen al que existe desde el principio.

Jóvenes, les escribo a ustedes porque han vencido al Maligno.

¹⁴Hijos, les he escrito porque ustedes conocen al Padre.

¹⁵No amen al mundo ni lo que hay en él: quien ama al mundo no posee el amor del Padre. ¹⁶Porque todo lo que hay en el mundo, los malos deseos de la naturaleza humana, la codicia de los ojos y el orgullo de las riquezas no procede del Padre, sino del mundo. ¹⁷Y el mundo pasa con sus codicias; pero quien cumple la voluntad de Dios permanece por siempre.

³ **2,3-6 Verdadero conocimiento de Dios.** En antítesis con el pecado está la observancia de los mandamientos, fruto y señal de la comunión con Dios. Conocer a Dios, según la acepción bíblica (véase sobre todo Jr 31,34) no es tener de él una noción abstracta, sino entrar en una relación personal y vivir en comunión con él. Para san Juan este conocimiento se muestra de manera muy concreta: es sinónimo de estar con él (3,5) de observar los mandamientos (3). Por tanto, quien peca no lo ha visto ni lo ha conocido (3,6; cfr. Tit 1,16). Mediante la observancia de los mandamientos, o por la confesión de nuestros pecados, conocemos la verdad o la falsedad de nuestras bellas declaraciones de amor («si decimos»: 1,6.8.18; 2,4).

⁴ **2,12-17 Vencer al Maligno.** Vencer al Maligno significa vencer también al mundo –desde la perspectiva joánica–, que «pertenece al Maligno» (5,19) y dominar los poderes que en él actúan. El mundo queda reducido a estas tres potencias: «Los malos deseos de la naturaleza humana» indica al ser humano inclinado al mal y enemigo de Dios (cfr. Jn 3,6; Ef 2,3; 1 Pe 2,11). La «codicia de los ojos» hace al ser humano presuntuoso, cerrado a los hermanos y a Dios (3,17; cfr. Sant 4,16). El «orgullo de las riquezas» es la confianza en sí mismo y en los bienes que instalan al ser humano en una existencia al margen de Dios.

Para el creyente la victoria sobre el mundo y sobre el Maligno es un don de Cristo, pero también una tarea: «un indicativo» (2,13; 4,4; 5,4) y «un imperativo» (15a). No hay camino de en medio, ni otra alternativa: o el amor del Padre o el amor del mundo (15b; cfr. Sant 4,4; Mt 6,24). Pero toda decisión existencial lleva un destino: quien sigue la vanidad de este mundo «pasa», como la oscuridad ante la luz (8,17; cfr. 1 Cor 7,31), pero quien obedece al Padre, como ha hecho Cristo (cfr. Jn 4,34; 6,38), «permanece por siempre» (17; cfr. Jn 12,34; 15,10; Heb 7,24).

Cristo y los anticristos⁵

¹⁸Hijos míos, estamos en la última hora. Han oído que ha de venir el Anticristo; en realidad ya han venido muchos anticristos, y eso nos demuestra que es la última hora. ¹⁹Salieron de entre nosotros, pero no eran de los nuestros. Si hubieran sido de los nuestros, habrían permanecido con nosotros. Así mostraron que no eran de los nuestros.

²⁰Ustedes han recibido la unción del Espíritu, y todos tienen la verdadera sabiduría.

²¹No les escribo porque desconocen la verdad, sino porque la conocen y porque ninguna mentira procede de la verdad. ²²¿Quién es el mentiroso, sino quien niega que Jesús es el Cristo? Ése es el Anticristo: quien niega al Padre y al Hijo. ²³Quien niega al Hijo no acepta al Padre; quien confiesa al Hijo acepta al Padre. ²⁴En cuanto a ustedes permanezcan fieles a lo que oyeron desde el principio. Si conservan en su corazón lo que oyeron al principio, también ustedes permanecerán con el Hijo y con el Padre. ²⁵Y ésta es la promesa que él nos hizo: la vida eterna.

²⁶Les escribo estas cosas pensando en aquellos que tratan de engañarlos. ²⁷Ustedes conserven la unción que recibieron de Jesucristo y no tendrán necesidad de que nadie les enseñe; porque su unción, que es verdadera e infalible, los instruirá acerca de todo. Lo que les enseñe consérvenlo. ²⁸Ahora, hijitos, permanezcan con él, y así, cuando se manifieste, tendremos confianza y no nos avergonzaremos de él en el día de su venida. ²⁹Si ustedes saben que él es justo, sabrán que quien practica la justicia es hijo suyo.

Hijos de Dios⁶

3 ¹Miren qué amor tan grande nos ha mostrado el Padre: que nos llamamos hijos de Dios y realmente lo somos. Por eso el mundo no nos reconoce, porque no lo reconoce a él.

²Queridos, ya somos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando aparezca, seremos semejantes a él y lo veremos como él es.

³Todo el que tiene puesta en Jesucristo esta esperanza se purifica, así como él es puro. ⁴Quien comete pecado quebranta la ley: el pecado es la rebeldía a la ley. ⁵Y saben que él se manifestó para quitar los pecados y él notuvo pecado. ⁶Quien permanece con él no peca; quien peca no lo ha visto ni conocido. ⁷Hijitos, que nadie los engañe: quien practica la justicia es justo como lo es él. ⁸Quien comete pecado procede del Diablo, porque el Diablo es pecador desde el principio; y el Hijo de Dios apareció para destruir las obras del Diablo. ⁹Nadie que sea hijo de Dios

⁵ **2,18-29 Cristo y los anticristos.** La «última hora» de la historia, de la que habla el Nuevo Testamento (18; cfr. 2 Tes 2,5, 2 Pe 3,1-3), ha aparecido con la primera «manifestación» de Cristo (1,2; 3,5.8) y concluirá con la segunda «manifestación» en la parusía (28). Se caracteriza por la «manifestación» de los anticristos (18s; 4,1.3; cfr. 2 Jn 7). En esta hora de batalla decisiva se destaca la figura central de Cristo. A él se opone el anticristo, el mentiroso (22; cfr. Jn 8,44), que representa la negación de Cristo y de su verdad. Porta un nombre colectivo, «muchos» (18). Éstos se caracterizan por su apostasía (19) y su incredulidad (22; cfr. Heb 4,2).

Por la parte de Cristo están los «fieles» (cfr. Ap 17,14), quienes profesan con el corazón y la boca que Jesús es el Hijo de Dios (20-23). Su signo de identidad es el crisma o unción, a saber, la Palabra de Dios asimilada en la fe. El crisma instruye en la virtud del Espíritu Santo (27; cfr. Jn 14,26), proporciona el instinto de la verdad y el sentido de la fe. Mientras que el cristiano vive, se encuentra orientado entre el ser (indicativo) y el deber ser (imperativo). El crisma, es decir, la Palabra de Dios ya «permanece» en él, y por eso él «permanece» en Cristo (14.28); pero también representa una tarea o deber que la Palabra permanezca en él y que él permanezca en Cristo (24.28), liberándose de los anticristos (26).

⁶ **3,1-10 Hijos de Dios.** El apóstol habla con admiración de la suprema grandeza del cristiano: desde ahora somos hijos de Dios (2), somos conformes a la imagen del Hijo (cfr. Rom 8,29). Todo ello es don y gracia de su amor. El Padre nos ha «dado» –como gracia y signo de su bondad– llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, revelándonos así la medida sin medida de su amor infinito (1; 2 Pe 1,4). Esta realidad de los últimos tiempos está iniciada, pero no del todo completada; es todavía objeto de esperanza la plena manifestación de nuestra semejanza divina (2s; cfr. Rom 8,23; Col 3,4). Quienes poseen esta esperanza, se van purificando y liberándose de la angustia y del pesimismo existencial. Viven en la gratitud.

comete pecado, porque permanece en él la semilla de Dios; y no puede pecar, porque ha sido engendrado por Dios.

El mandamiento del amor⁷

¹⁰Los hijos de Dios y los del Diablo se reconocen así: quien no practica la justicia ni ama a su hermano no procede de Dios. ¹¹El mensaje que oyeron desde el principio es que nos amemos los unos a los otros. ¹²No como Caín, que procedía del Maligno y asesinó a su hermano. Y, ¿por qué lo asesinó? Porque sus acciones eran malas y las de su hermano buenas. ¹³No se extrañen, hermanos, si el mundo los odia. ¹⁴Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. Quien no ama permanece en la muerte. ¹⁵Quien odia a su hermano es homicida, y saben que ningún homicida posee la vida eterna. ¹⁶Hemos conocido lo que es el amor en aquel que dio la vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos. ¹⁷Si uno vive en la abundancia y viendo a su hermano necesitado le cierra el corazón y no se compadece de él, ¿cómo puede conservar el amor de Dios? ¹⁸Hijitos, no amemos de palabra y con la boca, sino con obras y de verdad. ¹⁹Así conoceremos que procedemos de la verdad y tendremos ante él la conciencia tranquila, ²⁰y aunque la conciencia nos acuse, Dios es más grande que nuestra conciencia y lo sabe todo. ²¹Queridos, si la conciencia no nos acusa, podemos confiar en Dios, ²²y recibiremos de él lo que pidamos, porque cumplimos sus mandatos y hacemos lo que le agrada. ²³Y éste es su mandato: que creamos en la persona de su Hijo Jesucristo y nos amemos unos a otros como él nos mandó. ²⁴Quien cumple sus mandatos permanece con Dios y Dios con él. Y sabemos que permanece con nosotros por el Espíritu que nos ha dado.

Discernimiento de espíritu⁸

4 ¹Queridos míos, no crean a todos los que se dicen inspirados, más bien, pongan a prueba su inspiración, para ver si procede de Dios; porque han aparecido en el mundo muchos falsos profetas. ²En esto reconocerán al que Dios inspira todo: espíritu que confiesa que Jesucristo vino en carne mortal procede de Dios; ³todo espíritu que no confiesa a Jesús no procede de Dios, sino más bien del Anticristo. Oyeron que iba a venir, ahora ya está en el mundo. ⁴Hijitos míos, ustedes son de Dios y han vencido a esos falsos profetas, porque el que está en ustedes es más poderoso que el que está en el mundo. ⁵Ellos son del mundo: por eso hablan de cosas mundanas y el mundo los escucha. ⁶Nosotros somos de Dios, y quien conoce a Dios nos escucha, quien no es de Dios no nos escucha. Así distinguimos el espíritu de la verdad y el espíritu de la mentira.

⁷ **3,10-24 El mandamiento del amor.** El mensaje, recibido desde el principio (11), es el amor fraterno. Tal es el signo distintivo de los hijos de Dios: amor que viene de Dios y que se dirige al hermano. San Juan acude a expresiones ya pronunciadas por Jesús en el discurso de despedida: «que nos amemos unos a otros» (3,23). El amor cristiano es benéfico, hace el bien, crea comunidad, por oposición al odio, cuyo prototipo es Caín (12), que sólo acarrea destrucción y muerte. De ahí la severidad de estas frases: el que no ama es un mentiroso, aún más, un homicida (15). Hay que llamar la atención sobre esta afirmación fundamental y radical; el que ama experimenta un nuevo nacimiento, o una nueva pascua (14). Pero, ¡atención!, amar significa amar como Jesús, quien nos ha amado hasta el extremo. En este aspecto, como buen anciano, se muestra el realismo y sabiduría aquilatada de Juan. Si el amor es auténtico, tiene que manifestarse «en actos»; no puede contentarse con ser «de palabra ni de boca». A ejemplo de Jesús, el cristiano debe dar la vida por sus hermanos; debe mostrar una compasión no sólo afectiva, sino efectiva (16-18). Nuestro amor fraterno sólo se entiende desde Jesús, desde su palabra reveladora y desde el misterio de su entrega a la muerte por amor. El amor al hermano como hijo de Dios es inseparable del amor a Dios (20s). Sacramento del amor del Padre por nosotros es el Hijo (19); sacramento de nuestro amor al Padre es el hermano (12,20).

⁸ **4,1-6 Discernimiento de espíritu.** Los falsos maestros, los anticristos, hablan el lenguaje del mundo; el cristiano no debe escucharlos. Contra aquellos influidos por las corrientes gnósticas que negaban la humanidad de Cristo y el valor de su sacrificio en la cruz, Juan afirma que Jesús crucificado, y no solamente el Jesús glorioso, es parte esencial del mensaje cristiano.

Dios es amor⁹

⁷Queridos, amémonos unos a otros, porque el amor viene de Dios; todo el que ama es hijo de Dios y conoce a Dios. ⁸Quien no ama no ha conocido a Dios, ya que Dios es amor. ⁹Dios ha demostrado el amor que nos tiene enviando al mundo a su Hijo único para que vivamos gracias a él. ¹⁰En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que, ofreciéndose en sacrificio, nuestros pecados quedaran perdonados.

¹¹Queridos, si Dios nos ha amado tanto, también nosotros debemos amarnos unos a otros. ¹²A Dios nunca lo ha visto nadie; si nos amamos unos a otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros. ¹³Reconocemos que está con nosotros y nosotros con él porque nos ha hecho participar de su Espíritu. ¹⁴Nosotros lo hemos contemplado y atestiguamos que el Padre envió a su Hijo como Salvador del mundo.

¹⁵Si uno confiesa que Jesús es Hijo de Dios, Dios permanece con él y él con Dios. ¹⁶Nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tuvo. Dios es amor: quien conserva el amor permanece con Dios y Dios con él. ¹⁷El amor llegará en nosotros a su perfección si somos en el mundo lo que él fue y esperamos confiados el día del juicio. ¹⁸En el amor no cabe el temor, antes bien, el amor desaloja el temor. Porque el temor se refiere al castigo, y quien teme no ha alcanzado un amor perfecto. ¹⁹Nosotros amamos porque él nos amó antes. ²⁰Si uno dice que ama a Dios mientras odia a su hermano, miente; porque si no ama al hermano a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. ²¹Y el mandato que nos dio es que quien ama a Dios ame también a su hermano.

⁹ **4,7-21 Dios es amor.** La afirmación «Dios es amor» (8.16) no pretende convertirse en una definición abstracta de la esencia divina, se trata más bien de la revelación que Dios ha hecho de sí mismo a lo largo de la historia, mediante obras y palabras cargadas con el peso del amor y que ahora, en la plenitud de los tiempos, culmina en Jesús. El envío de su Hijo que se ofrece en sacrificio por nuestros pecados (10) ha manifestado este amor, haciéndolo presente en medio de nosotros. Juan exalta la gratuidad y trascendencia de este amor. Afirma la prioridad, aún más, la primacía absoluta. El cristiano no puede amar sino con la fuerza de este amor «primero». La presencia del amor en el cristiano es el signo de que «ha nacido de Dios y es hijo de Dios». Dios permanece y actúa en él. Se puede decir que es verdaderamente engendrado en Dios. Por medio de este amor «ha conocido a Dios» (7s).

Una idea importante se desprende de la carta. En contra de la opinión de que el amor (por Dios y por los hermanos) está al alcance del ser humano como «un sentimiento natural», que brota espontáneamente desde su propio corazón, Juan enseña y subraya el origen divino del amor y la incapacidad humana para alcanzarlo con sus propias fuerzas. Ha sido necesario que el mismo Dios venga en su ayuda y no solamente le revele el amor, sino que haga alumbrar esa fuente en su corazón por medio del Espíritu Santo, que el Padre y el Hijo nos dan. El verdadero amor siempre es de Dios.

Hay que permanecer en el estado de recibir el amor de Dios. Esto se llama en lenguaje de Juan, fe. Quien no acoge el amor, no podrá dar amor. Es preciso aceptar ser amados. Se pide al cristiano creer firmemente en el amor de Dios manifestado en Cristo. Ésta es la verdadera roca en la que puede sostenerse una vida cristiana, hecha de generosa donación a los hermanos. Este amor no pasa nunca, no cambia, no se muda. Es eterno y se convierte en fuente abierta para el cristiano, brota desde el costado de Cristo en el agua viva de su Espíritu Santo. «Sólo el amor de Dios es digno de fe».

Conclusión¹⁰

5¹Todo el que cree que Jesús es el Cristo es hijo de Dios y todo el que ama al Padre ama también al Hijo. ²Si amamos a Dios y cumplimos sus mandatos, es señal de que amamos a los hijos de Dios. ³Porque el amor de Dios consiste en cumplir sus mandatos, que no son una carga. ⁴Todo el que es hijo de Dios vence al mundo; y ésta es la victoria que venció al mundo: nuestra fe. ⁵¿Quién vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? ⁶Es el que vino con agua y sangre, Jesucristo: no sólo con agua, sino con agua y sangre. Y el Espíritu, que es la verdad, da testimonio, porque el Espíritu es la verdad. ⁷Tres son los testigos: ⁸el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres concuerdan. ⁹Si aceptamos el testimonio humano, más convincente es el testimonio de Dios. ¹⁰Quien cree en el Hijo de Dios posee el testimonio; quien no cree a Dios lo deja por mentiroso al no creer el testimonio que Dios ha dejado acerca de su Hijo. ¹¹El testimonio declara que Dios nos ha dado vida eterna y que esa vida está en su Hijo. ¹²Quien acepta al Hijo posee la vida; quien no acepta al Hijo de Dios no posee la vida. ¹³Les escribo esto a ustedes, los que creen en la persona del Hijo de Dios para que sepan que poseen vida eterna.

¹⁴Nos dirigimos a Dios con la confianza de que, si pedimos algo según su voluntad, nos escuchará. ¹⁵Y si sabemos que nos escucha cuando le pedimos, sabemos que ya poseemos lo que hemos pedido. ¹⁶Si uno ve a su hermano cometiendo un pecado que no lleva a la muerte, rece y Dios dará vida al hermano. Me refiero a los que cometen pecados que no llevan a la muerte: porque hay pecados que son mortales, por ellos no digo que rece. ¹⁷Toda maldad es pecado, pero hay pecados que no acarrearán la muerte. ¹⁸Sabemos que el que ha nacido de Dios no peca, porque el Engendrado por Dios lo protege para que el Maligno no lo toque.

¹⁹Sabemos que procedemos de Dios, mientras que el mundo entero pertenece al Maligno.

²⁰Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para conocer al que es Verdadero. Y nosotros permanecemos en el que es Verdadero y con su Hijo Jesucristo. Él es el Dios verdadero y la vida eterna. ²¹Hijitos míos, cuídense de los ídolos.

¹⁰ **5,1-21 Conclusión.** La carta de Juan subraya la quintaesencia de la revelación cristiana. Gracias a la fe, que es obra del Espíritu Santo, los cristianos entramos en la experiencia gozosa de sabernos infinita y tiernamente amados, conocemos la fuente de todo amor: Dios Padre, que se ha manifestado en Jesús. Creemos y sabemos que el amor está en el origen y el final de todo. Ahora bien, no se permanece en el amor más que «viviendo como él vivió» (2,6).

Jesús es el modelo y origen de nuestro amor. Con la fuerza de su Espíritu nos capacita para amar a nuestros hermanos como él nos ha amado, en un servicio y entrega de amor hasta la muerte.

Juan quiere asegurar a los miembros de su comunidad que van por buen camino. No se han dejado engañar por los falsos maestros que ya han abandonado la comunidad y cuyos pecados van contra la fe y el amor. A éstos, hay que dejarlos en manos de Dios y de su misericordia. Por todos los demás, hay que orar, estando seguros de que Dios escucha nuestras oraciones.

Los últimos versículos (18-21) hacen un hermoso resumen de toda la carta. Los hijos e hijas de Dios rechazan el pecado, se alejan de lo mundano, ponen su confianza en Jesús, de quien reciben vida eterna, y no se dejan embaucar por las falsas doctrinas.